

## Desde mi celda, casi seis años después

*Verano de 1989*

Yo no estoy perturbado.

No me llamen loco. No me traten como si fuera uno de esos animales que deambulan por los pasillos sin rumbo, sin conciencia.

Estoy en este lugar porque alguien se empeñó en que así fuera. Porque alguien, con una precisión macabra, tejió una telaraña alrededor de mi vida hasta atraparme. Me encerraron en este lugar, pero lo que no saben es que no soy yo el que está cautivo. Este es un laberinto de paredes, de puertas cerradas, de miradas furtivas y susurros que se ahogan en la niebla de la locura.

Aquí, las horas se deshacen entre las sombras. Aquí todo se olvida. Pero yo no. Yo sé lo que está pasando. Sé lo que hay detrás de todo esto. Y aunque me obligan a tragar pastillas que me nublan la mente, aunque me arrastran de un cuarto a otro como a un animal, sé que nunca perderé la verdad.

Me dicen que estoy perturbado. Pero lo que ellos no entienden, lo que aún no comprenden, es que el verdadero trastornado no soy yo. Ellos lo susurran cuando creen que no escucho. Lo escriben en informes con palabras técnicas y frías. No lo dicen abiertamente, pero lo piensan cuando me observan a través de las rejas, cuando murmuran entre ellos antes de darme la medicación. He oído susurros. He visto las miradas cargadas de lástima y sospecha.

El calor aquí es insoportable. Se pega a la piel como un castigo, como si alguien quisiera recordarnos a cada segundo que no hay escape, ni siquiera en el aire que respiramos. En las tardes, la brisa entra por las ventanas enrejadas trayendo consigo el olor a polvo, a lejía rancia, a sudor viejo. Me he acostumbrado a eso, igual que al sonido metálico de los cerrojos cerrándose a mi espalda.

El aire pesa como una lápida, sofocante, inmóvil. A veces me pregunto si este lugar fue construido para encerrar a los enfermos o para volvernos locos de verdad. Afuera, las chicharras, enloquecidas bajo el sol, emiten su sonido estridente; pero aquí dentro todo es un murmullo de puertas cerrándose, de pasos arrastrados, de lamentos en la madrugada.

Después de estos años, en los que a veces me cuesta llevar la cuenta, no sé cómo acabaré, si loco de remate o convertido en el ser deseable que ellos quieren ver.

Aquí dentro, el tiempo no es más que una broma pesada, las horas se alargan hasta volverse irreales, y las noches son tan interminables que a veces temo que el sol no vuelva a salir. Soy el prisionero de una trama que juega con mi vida, con mi alma.

Hay algo que tengo claro, de lo que mi consciencia no recela. Sé en qué momento comenzó todo. Sé en qué segundo exacto mi vida se partió en dos.

Todo empezó el día en que aquella mujer se acercó a mi confesionario y me pidió ayuda para salvar a su hija. Todos mis problemas los trajo doña Úrsula aquella mañana en la que decidió confesarse en mi parroquia. No la culpo de mi infortunio, pero ese fue el primer día de mi caída al infierno.

A veces deseo salir y acabar con aquello que empecé; pero otras, sin embargo, le pido a Dios que ponga fin a esta vida que me han regalado y que yo, en ningún momento, solicité. Y el propio Dios, que ahora parece querer tenerme dentro de su rebaño, me niega esa petición haciéndome entender que soy muy necesario. Pero yo no le encuentro a mi vida ninguna utilidad. Aquí no... Fuera es donde puedo y debo ser útil.

Dos veces he intentado fugarme; sin éxito, por supuesto. De haberlo logrado, no estaría plasmando mis tristezas y pesares en estos papeles arriesgados y clandestinos. La primera de ellas por el tubo del respiradero, por el cual logré avanzar más de treinta metros hasta que aquello se estrechó y lograron cazarme. La otra, aprovechando el cambio de guardia, en la hora de la comida. Lo tenía casi todo calculado. No habría nadie por el pasillo, salvo algún guardia despistado, imbuido en sus pensamientos. Sólo tenía que esconderme tras la puerta, darle un golpe y cerrarla. Correr unos cincuenta metros, pasillo arriba, hasta llegar al único ventanal que podía ver por la mirilla de la puerta, y saltar a la calle. Pero me faltó calcular la altura y me destrocé un tobillo. Ahora arrastro esta cojera que, según me dice el médico, heredarán los gusanos de mi tumba.

Ya no tengo fuerzas para intentarlo. Cada vez me veo más débil, con menos fuerzas, con menos ganas. La culpa de esta debilidad física y mental la tienen los sedantes que nos obligan a ingerir, y el trato inhumano que a veces nos dispensan.

No sé cuántos años estaré aquí. Sólo sé que llevo unos pocos y ya estoy cansado, hastiado, derrotado y machacado. Faltan meses para que se cumplan seis y a mí se me antoja un tiempo eterno.

Intentan hacerme creer que se preocupan por mí. Para ellos estaré loco, pero sé de sobra todo lo que está ocurriendo. Y el lugar en el que estoy. Y el porqué de mi estancia aquí. Y el nivel de mi cordura... Sé que jamás dejarán que salga. Me dicen que debo recuperarme, pero, ¿recuperarme de qué? Yo no estoy enfermo, sólo cansado... Quizá sea eso de lo que tenga que recuperarme. Pero creo que no, no se trata de eso; se refieren a otra cosa, a mi locura. Y si es así, ¿no debo recuperarme de nada! ¡Yo no estoy loco! Todos mis actos los hice con absoluto conocimiento, con entera voluntad y siempre consciente de lo que hacía. Fue la súplica de aquella mujer, a la que no quería fallar como fallé durante toda mi vida a las personas que me rodearon. Tampoco quería decepcionar más a Dios, al que, en muchos momentos de mi existencia sacerdotal, puse en duda. En estos momentos aciagos, estoy convencido de que fue Él quien me puso ante aquella tesitura, y no pude negarme a lo que me marcaba... No me arrepiento de nada. Mi conciencia está tranquila y limpia, aunque cansada de esta miserable existencia. Estoy hastiado de las mismas cosas, de las mismas personas, de los mismos días y de las mismas noches...

Paso la mayor parte del tiempo escribiendo sin cesar, como si de una obsesión se tratara. Disimulando mi desesperanza y mi odio, si es que es odio lo que siento, que ni siquiera lo sé...

Me llamo Salvador Hervás y deseo contar mi historia.

Sé que esta intención mía puede ser presuntuosa, pero lo hago con la esperanza, quizá inútil, de que alguien, algún día, pueda leerlo y descubra la verdad. No la que cuentan ellos.

En cuanto salga de aquí, todos sabrán quiénes son los verdaderos monstruos.

Espero no tener problemas y que mis carceleros hagan la vista gorda, permitiendo que mi mano llegue firme hasta el final. Yo, por mi parte, no quisiera defraudar. Para ello, tendré que poner en funcionamiento los mecanismos de mi deteriorada memoria, con el fin de recuperar todos los detalles que estos casi seis años de cautiverio han intentado enterrar.